

El Precursor del Periodismo Colombiano

Por Gabriel Giraldo Jaramillo

El 9 de febrero de 1791 aparecía en la apacible capital del Virreinato de la Nueva Granada, la primera hoja periódica que a semejanza de las publicadas en Lima y en La Habana, llevaba el título de **Papel Periódico** de Santafé de Bogotá. Las ocho pequeñas páginas constituían la partida de nacimiento del periodismo nacional y Santafé gozaría desde entonces de un vocero de la opinión pública, de un vehículo de comunicación de noticias que vincularía la colonia con el resto de América y aún del mundo europeo. La insularidad americana se había roto como por encanto y estas hojitas volanderas ávidamente recibidas, cumplirían una función social, una tarea educativa y una labor política más eficaz y definitiva que los mamotretos que sobre todos los temas divinos y humanos habían salido de las prensas americanas en los tres siglos de vida colonial. Las autoridades españolas no sospechaban que la periódica combinación de la tinta y el papel fuera a alcanzar en poco tiempo tan tremenda fuerza explosiva y a convertirse en el más adecuado instrumento de su propia destrucción. Porque el periodismo nacional debería desempeñar un papel trascendental en el proceso libertario y periodistas deberían ser los próceres todos de la independencia; más que en el libro fue en fugaces hojas periódicas en donde se escribió la historia de la revolución americana.

El creador entre nosotros de esta idea-fuerza, de este cuarto poder, como se le ha llamado posteriormente, fue un hombre sencillo,

NOTA.— En junio se cumplieron ciento cincuenta años desde la muerte de Don Manuel del Socorro Rodríguez, el precursor del periodismo colombiano. De sus intenciones como periodista dice bien la nota editorial del primer número del "Papel Periódico de Santa Fe" cuyo aparte inicial transcribimos: "El autor no lleva otro propósito que el de servir al público con la cortedad de sus talentos, ciñendo todos sus discursos a las justas leyes de la moderación y la urbanidad, sin perder de vista en ello solo aquello que conceptuare conveniente a la inteligencia de los juiciosos". En homenaje a su memoria incluimos este ensayo histórico realizado por un eminente escritor colombiano hoy residenciado en Europa.

tímido, de vida modesta, poco considerado en su tiempo, pero a quien le correspondería echar los cimientos de instituciones perdurables en la cultura nacional. Llamóse Manuel del Socorro Rodríguez y había nacido en Bayamo, en la Isla de Cuba, en 1754; de cuna humilde aunque descendiente de conquistadores, los Rodríguez Phelipe, los Herrera, los Matas y Cardonas, él mismo declara que "lo que me falta de sangre española es la parte de indio que me da el apellido Núñez", pero agrega que "éste goza de la distinción de fundador del pueblo de Xiguani". Duros fueron sus comienzos en la heredada pobreza de que nunca pudo evadirse; reemplazó a su padre, maestro y escultor, en la escuela del pueblo adquiriendo desde sus primeros años la vocación pedagógica que lo acompañaría siempre. Con la pobreza recibió en herencia la curiosidad intelectual, la afición a las bellas letras, las dotes artísticas, cierta facilidad para la expresión de las ideas y sobre todo un ardiente y nunca saciado deseo de instrucción. Esta es su característica dominante y su más hermosa cualidad: la lucha por la cultura en medio de la escasez, en un ambiente que nunca le fue propicio, sin maestros, sin estímulos, casi sin libros. Tan intensamente se consagró al estudio que en 1789 podría escribir Don Juan García Barreras, Director del Colegio de San Carlos de La Habana, a quien el Gobernador Don José de Ezpeleta encargó examinar a Rodríguez:

"Le he visto traducir hermosamente varias Oraciones latinas de los Santos Doctores Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo: le he reconocido una destreza rara para aplicar a cualquier caso los pasajes de Historia, tanto sagrada como profana: le he oído hablar con acierto en materias Filosóficas, Theológicas y Jurídicas, de Policía, de Agricultura y de diferentes Artes; y estoy persuadido a que posee una facultad animística, general a todas facultades, un tino mental, común a todas las ciencias, y un talento universal para todas las cosas".

Pero a pesar de tan eminentes dotes intelectuales apenas si se le concedió una pensión de quince pesos mensuales mientras se gestionaba su traslado a Bogotá en donde debería continuar sus estudios. Amargos fueron los últimos días de Rodríguez en La Habana; algún gratuito malqueriente decía que había de "tener el gusto de ver al sabio de tierra adentro pidiendo limosna por esas calles y comiendo en las porterías de los conventos". Después de un penoso viaje llega a Bogotá que debía desilusionarlo un poco; en verdad la que más tarde sería calificada de Atenas Suramericana, no era el centro intelectual con que Rodríguez había soñado; se queja de la falta de elementos de trabajo y de ambiente propicio al estudio, y solicita, una vez más, que se le conceda la oportunidad de viajar a la Corte, "en donde únicamente se me podían facilitar los medios oportunos para instruirme bajo el método y formalidades que exige el buen gusto literario poco conocido en las Américas, a causa de que la inopia de libros, principalmente en aquella región de mi destino y la imposibilidad mía de comprar, aun los pocos que vengan de Europa, parece un declarado inconveniente de progresar como me prometía, para no ser un hombre inútil a mi nación".

A pesar de la estrechez del medio no fue Rodríguez hombre inútil a su nación, sino por el contrario, altamente provechoso: su nom-

bre quedaría vinculado a dos instituciones de alta jerarquía espiritual que aún recuerdan agradecidas su nombre: la Biblioteca Nacional y el Periodismo.

Como bibliotecario, con la ridícula asignación de doscientos pesos anuales, con los que no sólo atendía sus necesidades personales sino que ayudaba a su familia residente en La Habana, Rodríguez cumplió una labor meritoria; la Biblioteca fue organizada y comenzó a prestar un auténtico servicio de cultura; adquirió libros, hizo catálogos, arregló los viejos y valiosos fondos de los antiguos conventos y colegios de la Compañía de Jesús y divulgó por cuantos medios pudo las ciencias, las artes, la literatura a la que consagró con apasionado entusiasmo los mejores momentos de su vida. En la Biblioteca estableció una escuela gratuita dándole un sentido social a su tarea pedagógica; su plan de estudios —que bien merece este nombre— sorprende por su contenido intelectual, su sentido práctico y sus tendencias en cierto sentido revolucionarias; comprendía entre otras materias, educación teológico-política “por un compendio formado por mí mismo deducido del Libro de los Proverbios y del Cuerpo de la Legislación Española, Historia Sagrada, Mitología Griega y Romana y —lo que es más interesante— Nacional; estudio metódico de la lengua y ortografía castellana; principios de hebreo y griego; versiones de francés, italiano, portugués y así mismo de la lengua mozca, absolutamente olvidada en este País, la cual he aprendido con sumo trabajo, valido de la Gramática de dicho idioma, que encontré en esta Biblioteca, con el objeto de metodizar y dar a luz unos manuscritos trabajados por dos misioneros de la extinguida Compañía, que también existen en esta Biblioteca”.

Se estudiaba, además “elocuencia y poesía en todos sus ramos”, dibujo y “elementos de las tres nobles Artes”, Geografía, Cronología, Historia Natural, Física y Anticuaría.

La escuela tenía un solo director, un solo maestro, un solo motor: el infatigable bibliotecario que encontró también el ocio suficiente para escribir centenares de poemas en los más diversos metros y sobre múltiples tópicos, de ensayar la historia, la política, la polémica literaria o filosófica y que llegó aún a ocupar su pluma en la lengua de los Achaguas y de los Muyskas, en curioso epitafio a ese claro varón de Indias que fue Sugamuxi a quien califica adecuadamente como el mejor hombre de Cundinamarca: “sus iho muysca ti Cundinamarca”.

Aquella exorbitante curiosidad no podía permanecer encerrada dentro de los helados muros de la Biblioteca Pública de Santafé; a falta de mejor cátedra, buscó Don Manuel del Socorro la compañía de gentes ilustradas con las que formó una tertulia literaria, la llamada “Eutropélica” por sus tendencias bondadosas e inofensivas, en la que se congregaron algunos discretos ingenios de su tiempo, como José María Grueso, Francisco Antonio Rodríguez y José María Valdés. Crea en esta forma Don Manuel del Socorro otro elemento de vinculación espiritual que debía ser fecundo en los prolegómenos de la Independencia: la tertulia de tipo literario, aparentemente inofensiva pero que llevaba en sí un eficaz fermento revolucionario; porque si en la “Eutropélica” transcurría el tiempo en medio de juguetes literarios de mérito

discutible, en la del "Buen Gusto" y sobre todo en la de Don Antonio Nariño eran muy otras las preocupaciones; la inquietud política y los anhelos emancipadores hallaron en aquellas reuniones su expresión social y se convirtieron en patrimonio común.

Pero Don Manuel del Socorro Rodríguez no fue, ni mucho menos, un revolucionario; inició instituciones que sirvieron a la Revolución, pero sus convicciones políticas, sus ideas y sus sentimientos lo mantuvieron siempre del lado de la monarquía española. Vió, sin embargo, con gran claridad las causas de la tormenta que se avecinaba y duramente se quejaba de las arbitrariedades del régimen español y de la deplorable administración de las colonias. "La mayor parte de los Gobernadores de Provincia —escribe— sólo tratan de enriquecerse y para ello se rodean de papalistas, embrolladores y pícaros que oprimen a los pueblos". Observa las influencias de la Revolución Francesa y de la emancipación norteamericana, y al paso que condena las doctrinas subversivas pide también un cambio en la dirección del gobierno colonial que detenga el avance de mayores males. No es, pues, un reaccionario, pero sí un demócrata, a pesar de su espíritu monárquico, pues defiende los derechos del pueblo frente al libertinaje de los gobernantes. Pero no alcanza la categoría de revolucionario y condena cualquier intento de revuelta; bien claramente expone sus ideas al referirse a Pedro Fermín de Vargas "sujeto cuya ilustración y filosofía están fundados sobre los depravados principios de libertinaje, de independencia y un gran deseo de hacer figura sobresaliente"; también en otras muchas de sus producciones literarias, como el Elogio de los Príncipes de Asturias, el Reino Feliz fundado en los principios de la verdadera Filosofía, Las Delicias de España, el Elogio de Carlos III, se muestra monarquista recalcitrante y grande admirador de la Metrópoli. Pero fue, conviene repetirlo, un americano integral, hondamente preocupado por el porvenir del continente, interesado en todas las modalidades de su inquieta vida; en su Memoria al Príncipe de la Paz en donde expone sus preocupaciones por la suerte de las colonias contaminadas de ideas revolucionarias, se refiere a la conveniencia de designar a individuos americanos para los cargos públicos, y traza un cuadro tan sagaz como impresionante de la situación política, religiosa y social de la colonia granadina; advierte finalmente la influencia norteamericana y anota un hecho que se ha presentado también en otras ocasiones:

"Son muchos los americanos que van concurriendo a establecerse en aquel país con motivo de la gran libertad que se les brinda, y de los objetos lucrativos con que se procura interesarlos a concurrencia. Cada día será mayor este número, si los gobernadores hispanoamericanos no procuran hacer amable el gobierno y administración que se les ha conferido, y si no están dotados de una solercia gubernativa y de más virtudes dignas de un magistrado que tiene el honor de representar en sí mismo la persona del más católico y más humano de los reyes".

Y agrega más adelante estas palabras de permanente vigencia: "Es necesario, por todos los medios que sean posibles, disipar en estos magistrados superiores el espíritu de partido que los domina, haciendo no solamente despreciable la judicatura, sino terrible y odioso todo el código de la legislación nacional, porque confiando en la im-

punidad que les brinda la gran distancia que media entre ellos y el trono. es increíble el lastimoso desorden que causan en el público con sus injustas providencias, demoras maliciosas, y toda suerte de tiranías, cuyos efectos sólo puede conocerlos sin equivocación el que los observa con imparcialidad”.

Quien así se expresa ante las altas autoridades metropolitanas no es, como se ha pretendido que fue el bibliotecario bayamés, un espíritu limitado y contempORIZADOR, sino el discreto pero no por ello menos valiente defensor de los derechos de los pueblos. Admirablemente preparado estaba, pues, Don Manuel del Socorro para la tarea periodística a que se consagrara por largos años sin abandonar sus labores de maestro y bibliotecario; en el “Papel Periódico” y luégo en el “Redactor Americano”, el “Alternativo del Redactor Americano”, el “Extracto” de las últimas noticias venidas de Europa y la “Constitución Feliz”, comunicó a los santafereños muchas de sus inquietudes políticas, de sus conocimientos científicos y literarios y los hizo gustar sus producciones poéticas no siempre de calidad excelente, pero correctas, elocuentes y noblemente inspiradas.

Tuvo sin duda alguna lo que hoy se llama sentido periodístico, es decir sabía captar la noticia fresca, que no lo era mucho, necesariamente entonces, y corresponder en cierta medida a la pública curiosidad; distinguía entre la literatura periodística, ligera, actual, oportuna, y los temas propios de la vida más perdurable del libro; por eso dice en el primer número del “Redactor Americano”, aparecido el 6 de diciembre de 1806:

“Como el fin principal es de que circulen por el Reino recíprocamente las noticias que se consideren de mayor importancia, preponderará muy poco el plan de este papel a los objetos científicos y literarios”.

Si el “Papel Periódico” tuvo un carácter enteramente local y circunscrito a las noticias nacionales, el “Redactor Americano” cumplió una vasta tarea de información sobre los más diversos aspectos de la vida americana y justificó ampliamente su nombre: publicó noticias detalladas sobre la reconquista de Buenos Aires, tan entusiastamente celebrada en Bogotá, sobre la expedición de la vacuna, sobre la Revolución de Haití, sobre la muerte del Padre Isla. Le servían de fuente entre otros, la “Gaceta Real de Jamaica”, la “Minerva Peruana”, el “Diario de Montevideo” y la “Gaceta de Londres”. Uno cualquiera de sus comentarios, que hoy llamaríamos editoriales, parece escrito ayer apenas:

“Cuantos papeles impresos salen de la Europa, parece que son dictados por Marte y por Belona. Estos dos furibundos Númenes son los que en el día dan la ley a todas las naciones de la tierra, que cubierta de lágrimas y de sangre gime oprimida bajo el terrible peso de una guerra tenaz y desoladora”.

Entre su misión pedagógica apostólicamente cumplida, sus tareas de bibliotecario y su faena periodística, transcurrió la vida de Manuel del Socorro, que sin embargo tuvo alientos suficientes para escribir centenares de versos, aparte de manifiestos, sermones y ensayos históricos, en su mayoría inéditos hasta hoy.

Tristes fueron sus días finales en cierto modo semejantes a los de su dolorosa juventud; aunque miembro del Colegio Electoral de Cundinamarca, y redactor de la "Constitución Feliz", se vio privado de los sueldos de bibliotecario y casi tuvo que apelar a la caridad pública; no a la puerta de los conventos, como quería verlo su viejo enemigo de La Habana, sino a la casa de la familia Alvarez Lozano, acudía en busca del diario sustento pobremente como había vivido murió un 3 de junio de 1819; la muy santafereña iglesia de la Candelaria recogió sus restos mortales.

Manuel del Socorro Rodríguez ha sido tradicionalmente considerado como un espíritu apocado, irresoluto y bonachón; una de las pocas anécdotas de su vida, la tan repetida de la "zancadilla" con Don Antonio Baraya, ha querido injustamente herirlo con el ridículo; es cierto que fue inferior a algunos de sus contemporáneos, como Nariño, Torres o Caldas; pero es arbitrario juzgarlo con un criterio negativo estudiando lo que pudo ser y lo que no fue. En realidad Rodríguez representa un valor del espíritu tanto más admirable cuanto fue pobre el medio en que vivió y doloroso su camino en busca de la cultura; fue un auténtico prócer de la ciencia, un educador apostólico, un curioso investigador, un alma ingenua e idealista; y por sobre todo, el sostenedor de instituciones que si fueron modestas en sus comienzos han constituido fuerzas de libertad y de progreso que la historia no puede olvidar. Por eso podemos decir de Don Manuel del Socorro Rodríguez lo que justicieramente escribiera hace casi un siglo Don José María Vergara y Vergara: que es el literato "que más debe admirar la posteridad y cuya memoria debe ser eterna, como la de ningún otro, en esta nación".